

en gastarlos con la imaginación. Su madre, á cuya casa acudían sus hijos desde hacía algunos días, desalentados, pálidos, sin lograr que rompiera el silencio ni que su fisonomía perdiese su inmovilidad de muerte, daba vueltas alrededor de él con sus movimientos rígidos de autómeta, pareciendo que ni siquiera notaba su presencia. Ignoraba los temores que tenían amedrentada la ciudad, ni más ni menos que si viviese á mil leguas de Plassans. Entregada á su idea fija, mantenía abiertos sus ojos, vacíos de pensamientos. Sin embargo, una inquietud, una preocupación humana abatía á intervalos sus párpados. Antonio, no pudiendo resistir el deseo de comer un buen bocado, la envió á buscar un pollo á casa de un pastelero del arrabal. Luego que estuvo sentado á la mesa, le dijo:—¡Eh! ¿Qué te parece? Tú no comés pollo con frecuencia; eso se queda para los que trabajan y saben manejar sus negocios. Tú todo lo has derrochado; apuesto á que das tus economías á ese mosquita muerta de Silverio. Y tiene una querida el bribonzuelo. Si has guardado el gato en algún rincón, verás cómo el día menos pensado te quedas sin él.—Bromeaba: sentíase abrasado por salvaje alegría. El dinero que tenía en el bolsillo, la traición que preparaba, la certidumbre de haberse vendido á buen precio, le causaban ese gozo propio de los infames cuando se disponen á hacer alguna maldad. Tía Dida no oyó más que el nombre de Silverio.

—¿Le has visto?—preguntó abriendo al fin los labios.

—¿A quién? ¿A Silverio?—replicó Antonio.—

Sí; le vi andar entre los insurrectos, del brazo de una chicota roja. Si le arriman un chinazo, él se tendrá la culpa.

La abuela le miró fijamente, y exclamó con voz grave:

—¿Por qué?

—¡Toma! Porque es una estupidez exponer la pelleja por estas ó las otras ideas—repuso Macquart con cierto embarazo.—Yo, como no soy un chiquillo, he arreglado bien mis negocios.

Tía Dida ya no le escuchaba; ensimismada, murmuró:

—¡Tenía ya llenas de sangre las manos; me lo matarán como al otro; sus tíos le entregarán á los gendarmes!

—¿Qué estáis gruñendo ahí?—exclamó Antonio, entretenido en roer el caparazón del pollo.—A mí me gusta que me digan las cosas cara á cara. Si alguna vez hablé con él de la República, fué para traerle á ideas más razonables. Estaba algo tocado. Amo la libertad, pero es preciso que no degeneren en libertinaje. Cuanto á Eugenio, merece mi estimación; es un muchacho valiente y de talento.

—¿Llevaba la carabina, verdad?—preguntó tía Dida, cuya débil inteligencia se concentraba para seguir á Silverio á lo largo del camino.

—¿Una carabina? ¡Ah! Sí, la de Macquart—respondió Antonio, mirando á la campana de la chimenea donde acostumbraba á estar colgada el arma.—Creo haberla visto en sus manos. ¡Bonito instrumento para andar por el campo con una muchacha del brazo! ¡Qué imbécil!—Y parecióle

oportuno decir unas cuantas chocarrerías groseras.

De nuevo andaba tía Dida de un lado para otro, silenciosa y ajena á cuanto la rodeaba. Por la noche, Antonio salió después de haberse puesto una blusa y encasquetándose una gorra, que su madre fué á comprarle. Entró en la ciudad como había salido, engañando á los guardias nacionales que guardaban la puerta de Roma. Internóse en el barrio viejos, deslizándose misteriosamente de portal en portal. Llegó á un cafetucho, para donde había citado á las nueve á todos los republicanos exaltados que no siguieron á la partida insurrecta. Cuando hubo unos cincuenta, les echó un discurso, hablándoles de una venganza personal que quería realizar, y de victorias que alcanzarían; exaltóles más, diciéndoles que era llegada la hora de sacudir un yugo vergonzoso, y acabó asegurándoles que se comprometía á entregarles el ayuntamiento en diez minutos; les dijo que salía de allí, y que estaba vacío; flotaría en él aquella noche, si ellos querían, la bandera roja. Los obreros se consultaron; creían que la reacción agonizaba, que estaban próximos á llegar los insurgentes, y que sería muy honroso para ellos no esperar su llegada para apoderarse del poder y recibirlos con las puertas abiertas de par en par y las calles y las plazas empavesadas. Ninguno desconfiaba de Macquart; su odio contra los Rougon y la venganza personal de que les hablaba, abonaban su lealtad. Convinieron en reunirse á las doce en punto en la plaza del ayuntamiento, y en llevar sus escopetas todos los que eran ca-

zadores. En poco estuvo que un pequeño detalle no los detuviera: no tenían balas; pero, considerando que no habían de hallar resistencia, decidieron cargar sus armas con perdigones.

Nuevamente Plassans vió pasar á la luz de la luna por sus calles hombres armados que se deslizaban á lo largo de las casas. Cuando estuvieron reunidos en el lugar de la cita, Macquart, que no las tenía todas consigo, se adelantó resueltamente hacia la puerta del ayuntamiento. Llamó. El portero, aleccionado de antemano, preguntóle qué quería, y al escuchar las espantosas amenazas de Antonio, fingiendo miedo, apresuróse á abrir. Las puertas giraron lentamente. El portal se ofreció á la vista de los obreros negro y silencioso. Macquart gritó:—¡Venid, amigos míos!—Era la señal. Mientras los republicanos avanzaban, él se echó á un lado, y del negro hueco del portal salió un torrente de llamas, una lluvia de balas que pasó con estrépito de trueno bajo el pórtico humeante. La puerta vomitaba la muerte. Los guardias nacionales, exasperados y deseosos de librarse de aquella pesadilla que les oprimía el corazón en medio del silencio de aquel patio oscuro, habían disparado todos á la vez con una prisa febril. El relámpago fué tan vivo, que Macquart, á la lívida luz de los fogonazos, vió claramente á Rougon que apuntaba. Creyó ver el cañón del fusil enfilado hacia él, y acordándose del rubor de Felicidad, escapó diciendo:—Nada de tonterías. El bribón me mataría. Me debe ochocientos francos.

Entre tanto un rugido sonaba en la noche. Los republicanos, sorprendidos, gritando traición, habían disparado á su vez. Un guardia nacional cayó, pero ellos tenían tres muertos y emprendieron la fuga, dejando los cadáveres, enloquecidos, repitiendo en las callejuelas silenciosas: «asesinan á nuestros hermanos!», con voz desesperada que no encontraba eco. Los defensores del orden cargaron otra vez sus armas, salieron furiosos á la plaza vacía, y dispararon á todos los ángulos de las calles, á los sitios donde el negro de una puerta, la sombra de una linterna, les hacía ver insurrectos. Más de diez minutos pasaron haciendo fuego al aire.

La emboscada produjo el efecto de un rayo en la ciudad. Los que vivían en las calles inmediatas, despertados por aquella infernal descarga, saltaron sobre el lecho, castañeteando los dientes de miedo; por nada del mundo hubieran asomado las narices á la ventana. Mientras tanto la campana de la catedral tocaba á rebato con son irregular y extraño compás; parecía un caldero colosal golpeado por el brazo de un niño furioso. Aquella campana aulladora, cuyo timbre no reconocieron los burgueses, atemorizóles más que las detonaciones de los fusiles, y muchos de ellos creían percibir el fragoroso estrépito de una fila interminable de cañones rodando sobre el empedrado. Volviéronse á acostar, y se extendieron bajo las sábanas como si hubieran corrido algún peligro. Permaneciendo sentados en el fondo de las alcobas y con las puertas cerradas, con la ropa hasta las barbas, entrecortada la respiración, hacíanse

una pelota, mientras que las puntas de sus pañuelos les caían sobre los ojos, y sus esposas metían á su lado la cabeza bajo las almohadas.

Los guardias nacionales que estaban en la muralla acudieron á la desbandada al oír los disparos, en grupos de cinco ó seis, creyendo que los insurrectos habían penetrado en la ciudad por alguna mina, y con sus carreras redoblaron el terror. Roudier fué uno de los primeros en acudir. Rougon los despidió reprendiéndoles; no se dejaban así abandonadas las puertas de una ciudad. Consternados por aquel reproche, porque efectivamente, en su pánico, habían dejado las puertas sin defensores, volvieron á ellas á la carrera, produciendo en las calles un estrépito más espantoso todavía. Por espacio de una hora Plassans pudo creer que un ejército enloquecido lo recorría en todos sentidos. Las descargas, el toque de rebato, las idas y venidas de los guardias nacionales, sus gritos y el estruendo de las armas, sus llamadas en la sombra, producían un alboroto ensordecedor de ciudad tomada por asalto y entregada al pillaje. Aquel fué el golpe de gracia para los desdichados habitantes, que creyeron en la llegada de los insurrectos. Bien hicieron al decir que aquella sería una noche suprema; que antes del amanecer Plassans se abismaría bajo tierra ó se evaporaría en humo; y, en su lecho, esperaban la catástrofe, locos de terror, imaginando que por momentos se derrumbarían sus casas.

A todo esto Granoux seguía tocando á rebato. Cuando se restableció el silencio en la ciudad, el

sonido de aquella campana resultaba fatídico. Rougon, á quien abrasaba la fiebre, sintióse exasperado escuchando aquellos lejanos sollozos. Corrió á la catedral, y encontró abierto el postigo. El campanero estaba junto á la puerta.

—¡Basta, hombre, basta!—gritó Rougon.—Dírase que es alguno que llora. Es cargante.

—¡Pero si no soy yo, señor!—replicó el campanero con voz compungida.—El que está arriba es M. Granoux; precisamente para evitar que tocasen á rebato quité el badajo de la campana por orden del señor vicario. Pero, á pesar de esto, subió, y no sé cómo diablos se las compone para meter tanto ruido.

Rougon subió precipitadamente las escaleras del campanario, gritando:—¡Basta, basta; por el amor de Dios!... ¡Acabe usted!

Cuando estuvo en lo alto, vió en un rayo de luna que penetraba por una de las ojivas á Granoux, sin sombrero, con aire feroz, golpeando en la campana con un gran martillo. ¡Y vaya si pegaba con fe! Se echaba atrás, tomaba impulso, y caía sobre el sonoro bronce como si quisiera hacerlo pedazos. Todos los músculos de su rollizo cuerpo se contraían, y cuando descargaba el martillo sobre la inmóvil campana, la vibración le rechazaba, pero él volvía con más furia aún. Parecía un herrero machacando sobre el yunque; pero un herrero con gabán, pequeñito, calvo, de movimientos torpes y pesados.

La sorpresa detuvo un momento á Rougon delante de aquel burgués endemoniado batiéndose con la campana á la luz de un rayo de luna.

Entonces comprendió en qué consistían aquellos extraños sonidos de caldero que tanto le molestaban. Gritóle que se detuviera, pero el otro no lo oyó, y tuvo que cogerle por el gabán. Granoux, al reconocerlo, le dijo con voz triunfante:

—¿Ha oído usted? Procuré primero golpear la campana con los puños, pero me hacía daño; felizmente encontré este martillo... Todavía unos golpes ¿eh?

Rougon se lo llevó. Granoux estaba radiante, enjugando el sudor que bañaba su frente: hizo prometer á su compañero que al otro día contaría que sólo con un martillo había provocado tamaño alboroto. ¡Qué hazaña! ¡Qué importancia le daría á los ojos de todo el mundo aquella furiosa tocata!

De madrugada, Rougon pensó en tranquilizar á Felicidad. Los nacionales estaban reconcentrados en el ayuntamiento por orden suya; además, había prohibido levantar los cadáveres, so pretexto de que era preciso aquel ejemplo para escarmentar al pueblo del barrio viejo.

Cuando para ir á la calle de la Banne atravesó la plaza, la luna se había puesto, y colocó el pie sobre la mano de uno de los cadáveres, crispada en el borde de la acera. Estuvo á punto de caer. Aquella mano blanda que se aplastaba bajo su tacón, causóle una sensación indefinible de disgusto y horror. A escape cruzó las calles desiertas, creyendo sentir en sus espaldas el ensangrentado puño que le seguía.

—¡Hay cuatro por tierra!—dijo al entrar en su casa. Y ambos se miraron, como sorprendidos

de su propio crimen. La lámpara daba á sus rostros un tinte de cera.

—¿Los has dejado?—preguntó Felicidad.—Conviene que la gente los vea.

—Sí, no he querido que los recogiesen... Están bien arriba. He pisado algo blando...—Y miró sus zapatos. El tacón estaba lleno de sangre.

Mientras se ponía otro par de botas, Felicidad prosiguió:

—Pues bien; tanto mejor... Se ha concluido... No se dirá ya que tiras á los espejos.

La matanza que los Rougon habían preparado para hacerse aceptar definitivamente como salvadores de Plassans, puso á sus plantas la ciudad entera, espantada y reconocida.

Avanzó el día, triste, con esas melancolías grises de las mañanas de invierno. Los habitantes, no oyendo ya nada y hartos de temblar entre las sábanas, se aventuraron á salir. Primero fueron de diez á quince; después, habiendo corrido el rumor de que los insurrectos habían emprendido la fuga dejando muertos en todas las calles, Plassans entero se levantó y se acercó á la plaza del ayuntamiento. Toda la mañana duró el desfile de curiosos por delante de los cadáveres. Estaban horriblemente mutilados: uno, sobre todo, tenía tres balazos en la cabeza: el cráneo levantado dejaba ver la masa encefálica. Pero el más atroz de todos era el del guardia nacional caído bajo el pórtico: había recibido en la cara toda la descarga de perdigones de que á falta de balas se habían servido los republicanos, y su rostro, agujereado, sudaba sangre. La multitud sació sus

ojos en aquel horror, largamente, con esa avidez de los cobardes por los espectáculos terribles. Reconocióse al guardia nacional: era el choricero Dubruel, el mismo á quien recriminaba Roudier el día antes por haber disparado con una vivacidad punible. De los otros tres muertos, dos eran oficiales de sombrerero, y el tercero no fué identificado.

Y ante las manchas rojas que esmaltaban el suelo, los grupos temblaban mirando tras sí con desconfianza, como si aquella justicia sumaria que había en las tinieblas restablecido el orden á tiros, los acechase, espíase sus gestos y sus palabras, dispuesta á fusilarlos á su vez si no besaban con entusiasmo la mano que acababa de salvarles de la demagogia. El pánico de la noche aumentó el efecto terrible causado en la mañana por la vista de los cuatro cadáveres. La verdad de lo sucedido nunca llegó á saberse. Los tiros de los combatientes, los martillazos de Granoux, la desbandada de los guardias nacionales en las calles, habían llenado los oídos de ruidos tan terroríficos, que la mayor parte soñó siempre con una batalla gigantesca dada á un número incalculable de enemigos. Cuando los vencedores, por natural jactancia, aumentaron el número de los enemigos hasta quinientos, casi los desmentían; los burgueses sostenían haber visto pasar por debajo de sus ventanas, durante una hora, espesas olas de fugitivos. No había uno que no hubiese oído correr á los bandidos por las aceras, y seguramente quinientos hombres no eran capaces de sobresaltar de aquel modo á una ciudad. La valiente

milicia nacional de Plassans había derrotado á un verdadero ejército, haciéndolo volver á la tierra. Esta frase «han vuelto á la tierra», pronunciada por Rougon, pareció justísima, porque los guardias de las puertas juraban y perjuraban que no había entrado ni salido un solo hombre, lo que añadió al hecho de armas una punta de misterio; la idea de diablos cornudos, abismándose en llamas, acabó de trastornar las imaginaciones; es verdad que los guardias evitaron contar sus furiosas carreras... Por esto las gentes más razonables se limitaron á pensar que la banda insurrecta había debido entrar por una brecha, por un portillo cualquiera. Más tarde extendiéronse los rumores de traición; hablóse de asechanzas; sin duda los infelices arrastrados por Macquart al matadero no guardaron silencio sobre la atroz verdad; pero el miedo era tal y la vista de la sangre había arrojado á la reacción tal número de cobardes, que se atribuyeron aquellos rumores á la rabia de los republicanos vencidos. Decían, además, que Macquart estaba preso, y que Pedro le tenía en un calabozo húmedo donde le dejaría morir de hambre poco á poco. Este horrible cuento hizo que se saludase á Rougon hasta tocar el suelo. Así, aquel burgués grotesco, panzudo, lívido, se trocó en solo una noche en un personaje terrible, de quien nadie osaba reírse ya. Había puesto el pie en la sangre. El pueblo quedó mudo delante de los muertos. A las diez, cuando la gente encopetada acudió, la plaza se llenó de exclamaciones ahogadas. Hablábbase del otro ataque, de aquella toma del ayuntamiento en la cual sólo

un espejo salió hecho pedazos, pero ya no se burlaban de Rougon; nombrábanle con profundo respeto: era un héroe de veras, un salvador. Los cadáveres, con los ojos abiertos, miraban á aquellos señores abogados y propietarios, que temblaban murmurando que la guerra civil tiene necesidades muy tristes. El notario que presidió la diputación enviada al ayuntamiento el día antes, recorrió los grupos, repitiendo aquel: «estoy dispuesto» del hombre enérgico á quien la ciudad debía su salvación. Aquello era un aplastamiento. Los que más se burlaron de los cuarenta y uno, los que habían tratado á los Rougon de intrigantes y cobardes que disparaban tiros al aire, eran los primeros que hablaron de ofrecer una corona de laurel «al gran ciudadano del que Plassans estaría eterramente orgulloso.» Porque las manchas de sangre que se secaban sobre el pavimento, y los muertos con sus heridas, atestiguaban á qué grado de audacia había llegado el partido del desorden, del pillaje y del asesinato, y qué mano de hierro había sido precisa para ahogar la insurrección.

Granoux también cosechaba felicitaciones y apretones de mano; se conocía la historia del martillo; sólo que, por una mentira inocente que acabó por creer él mismo, decía que, habiendo sido el primero en ver á los insurrectos, se puso á golpear las campanas para dar la voz de alarma; sin él los guardias nacionales hubieran sido inmolados. Esto duplicaba su importancia; la hazaña fué declarada prodigiosa; desde entonces, cuando le nombraban, decían: «El señor Isidoro, ¿sabe

usted? aquel que tocó á rebato con un martillo». Aunque la frase era un tanto larga, de buena gana hubiérala tomado por timbre nobiliario. Siempre que se pronunciaba la palabra «martillo», la tomaba por una delicada galantería. Cuando estaban levantando los cadáveres, acudió á verlos Aristides; contemplólos por todas partes, olfateando el aire é interrogando sus caras; tenía el semblante inmóvil y los ojos brillantes. Con la mano que la víspera traía entrapajada, levantó la blusa de uno de los muertos para ver mejor la herida. Aquel examen pareció convencerle, disiparle una duda. Permaneció allí con los labios cerrados, sin decir una palabra. Luego se retiró para ir á apresurar el reparto de *El Independiente*, en el cual publicaba aquel día un gran artículo. Por el camino recordaba aquellas palabras de su madre: «Ya verás mañana». Había visto; aquello era demasiado y hasta le espantaba un poco.

Entretanto, Rougon empezaba á sentirse inquieto con su victoria. Sólo en el despacho del alcalde, escuchaba el murmullo de la muchedumbre y experimentaba un extraño sentimiento que le impedía asomarse al balcón. La sangre que había pisado le entorpecía las piernas. Preguntábase qué haría hasta la noche; su pobre cabeza vacía, trastornada por la crisis, buscaba con desesperación un quehacer, una orden que dar, una medida que tomar, algo, en fin, que le distrajera; pero no encontraba nada. ¿A dónde le conducía Felicidad? ¿Había concluído aquello, ó sería preciso aún matar más gente? De nuevo el miedo se apoderaba de él, y le asaltaban terribles dudas.

Veía las murallas rotas y derribadas por el empuje del ejército vengador de los republicanos, cuando el grito «¡los insurrectos, los insurrectos!», estalló bajo las ventanas del ayuntamiento. Levantóse de un salto, alzó una cortinilla, y vió á la multitud corriendo desolada por la plaza. Paróse, como si un rayo hubiera caído á sus pies. En un segundo se vió arruinado, robado, asesinado, y maldijo á su mujer y maldijo á la ciudad entera. Cuando con ojos inquietos buscaba una salida, oyó á la multitud romper en aplausos, lanzar gritos de júbilo, y hacer temblar los cristales con su alegría loca. Volvió á la ventana. Las mujeres agitaban los pañuelos, los hombres se abrazaban; algunos bailaban. Con la mente extraviada, estupefacto, permaneció allí, no comprendiendo lo que pasaba y sintiendo que se le iba la cabeza. El vacío, el silencio del gran edificio le espantaba. Cuando Rougon se confesó con Felicidad, nunca supo decir cuánto tiempo había durado su suplicio. Acordábase solamente de que un ruido de pasos, despertando los ecos de los vastos salones, le había sacado de su estupor. Esperaba hombres de blusa, armados de bieldos y guadañas, y encontróse frente á frente con el consejo municipal en pleno, de etiqueta y radiante de júbilo. Ni un solo consejero faltaba. Una fausta noticia había curado á un tiempo á todos los enfermos. Granoux echóse en brazos de su querido presidente, balbuceando:— ¡Los soldados!... ¡Los soldados!...

En efecto; un regimiento, al mando del coronel Masson y bajo las órdenes del prefecto del de-

partamento, M. de Bleriot, acababa de llegar. Los fusiles, que se vieron desde las fortificaciones á lo lejos de la llanura, habían hecho creer al principio en la aproximación de los insurrectos. La emoción de Rougon fué tal, que dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas. ¡Lloraba él, el gran patricio! La comisión municipal miró caer aquellas lágrimas con admiración respetuosa. Granoux le abrazó de nuevo, gritando:

—¡Ah! ¡Qué feliz soy! Ustedes saben que yo soy un hombre franco. Pues bien, todos hemos tenido miedo; todos, ¿no es verdad, señores? ¡Sólo usted era grande, valiente, sublime! ¡Cuánta energía ha debido usted necesitar! Hace un momento se lo decía á mi mujer: «Rougon es un gran hombre; merece ser condecorado.»

Entonces aquellos caballeros hablaron de ir al encuentro del prefecto. Rougon, aturdido, sofocado, no pudiendo creer en aquel repentino triunfo, balbuceaba como un niño. Cobró fuerzas, y bajó con calma, con la dignidad que requería aquel acto solemne. Pero el entusiasmo con que fueron recibidos él y el consejo municipal, estuvo á punto de turbar de nuevo su gravedad de magistrado. Su nombre corría de boca en boca en medio de los más calurosos elogios. Oía á un pueblo repetir lo que Granoux había dicho; tratarlo de héroe, que había permanecido de pie é inmovible en medio del pánico universal. Hasta la plaza de la subprefectura, donde encontraron al prefecto, bebió su popularidad, su gloria, con espasmos secretos de mujer enamorada cuyos deseos se ven al fin satisfechos.

M. de Bleriot y el coronel Masson dejaron la tropa acampada sobre el camino de Lyon, y entraron solos en la ciudad. Engañados sobre la dirección de los insurrectos, habían perdido mucho tiempo. A la sazón sabían que estaban ya en Orchères y no debían pararse más que una hora en Plassans, tiempo preciso para calmar los ánimos y publicar el bando cruel que decretaba la confiscación de los bienes de los insurrectos, y la muerte para todo el que fuera sorprendido con las armas en la mano. El coronel Masson se sonrió cuando el comandante de la guardia nacional mandó descorrer los cerrojos de la puerta de Roma, con un ruido espantoso de hierro viejo. La guardia hizo los honores, acompañando al prefecto y al jefe del regimiento. Mientras cruzaron por el paseo de Sauvaire, Roudier contó á aquellos señores la epopeya de Rougon, los tres días de pánico terminados por la brillante victoria de la noche última; así, cuando los dos grupos se encontraron, M. de Bleriot se adelantó vivamente hacia el presidente de la comisión y le estrechó las manos, felicitándole y rogándole que siguiera velando por la ciudad hasta el regreso de las autoridades. Rougon saludaba, en tanto que el prefecto, llegando á la puerta de la subprefectura donde quería descansar un momento, decía en voz alta que no olvidaría en el parte oficial dar á conocer su hermosa y valiente conducta.

Entretanto, y á pesar del frío, toda la población se encontraba en los balcones. Felicidad, asomada al suyo á riesgo de caer, estaba pálida de alegría. Precisamente hacía un momento que ha-

bía llegado Arístides con un número de *El Independiente*, en el cual se declaraba partidario del golpe de Estado, que acogía como «aurora de la libertad en el orden, y del orden en la libertad». Asimismo hacía una delicada alusión al salón amarillo, reconociendo sus errores, y diciendo «que la juventud es presuntuosa, y que los grandes ciudadanos callan, reflexionan en silencio, y dejan pasar los insultos para levantarse erguidos en su heroísmo el día de la lucha.» Estaba, sobre todo, satisfecho de esta frase. Su madre encontró el artículo magistralmente escrito; abrazó á su hijo y púsole á su derecha. El marqués de Carnavant, que también había ido á verla cansado de estar encerrado y presa de una curiosidad furiosa, se inclinó á su derecha sobre la balastrada del balcón.

Cuando, en la plaza, M. de Bleriot tendió á Rougon la mano, Felicidad lloró.

—¡Oh! Mira, mira—le dijo á Arístides.—¡Le ha estrechado la mano!... ¡Se la coge otra vez!—Y echando una ojeada á las ventanas donde las cabezas se apiñaban, prosiguió:—¡Ah! ¡Cómo deben rabiarse! Mira la mujer de M. Peirotte; muere de el pañuelo. Y allá abajo las hijas del notario, y Mad. Massicot, y la familia Brunett, ¡qué caras! ¡cómo se les alarga la nariz! ¡Ah, diablo! ¡Ha llegado la nuestra!

Seguía con ansiedad la escena que ocurría á la puerta de la subprefectura, y su cuerpecito de cigarra ardiente se estremecía; interpretaba todos los gestos, adivinaba las palabras que no podía escuchar, y decía que Pedro saludaba muy

bien. Cuando el prefecto habló á Granoux, que andaba á su alrededor esperando un elogio, hizo un gesto de disgusto: sin duda M. de Bleriot conocía ya la historia del martillo, porque el antiguo comerciante de almendras se puso encendido como una doncella, y, á juzgar por sus gestos, replicaba que sólo cumplió con su deber. Pero lo que más la disgustó fué el exceso de bondad de su marido, que presentó á Vuillet á aquellos señores. Verdad es que el librero se coló en el grupo, y Pedro no tuvo más remedio que presentarle.

—¡Qué intrigante! —murmuró Felicidad. —Se mete en todas partes. ¡Ese querido mío debe estar tan turbado!... ¡Ahora le habla el coronel! ¿Qué le dirá?

—¡Eh, pequeña!—respondió el marqués con fina ironía.—Lo felicita por haber cerrado tan cuidadosamente las puertas.

—Mi padre ha salvado á la ciudad—dijo Arístides con aspereza.—¿Ha visto usted los cadáveres?

M. de Carnavant no respondió, y hasta se retiró de la ventana y fué á sentarse en un sillón, levantando la cabeza con ligero aire de disgusto. En aquel momento, habiéndose marchado de la plaza el prefecto, Rougon vino corriendo y se colgó al cuello de su mujer, exclamando:—¡Ah! ¡Querida mía!

No pudo decir más. Felicidad le hizo abrazar á Arístides, hablándole del magnífico artículo de *El Independiente*. Pedro hubiera sido capaz de besar al marqués en las mejillas; tan emocionado

estaba. Pero su mujer le llamó aparte, le dió la carta de Eugenio que había vuelto á meter en el sobre, diciendo que la acababan de traer. Rougon, triunfante, se la alargó, después de haberla leído.

—Eres una hechicera—le dijo riendo,—lo has adivinado todo. ¡Ah!... ¡Qué tontería hubiera hecho sin ti! Desde ahora, todos los negocios los haremos juntos. Dame un abrazo; eres una gran mujer.

Y la tomó entre sus brazos, mientras ella cambiaba con el marqués una sonrisa discreta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Hasta el domingo, dos días después de la matanza de Sainte-Roure, no volvieron á pasar las tropas por Plassans. El prefecto y el coronel, á quienes M. Garçonnet había convidado á comer, entraron solos en la población; los soldados dieron la vuelta á las fortificaciones y fueron á acampar en el arrabal sobre el camino de Niza.

Caía la noche: el cielo, nublado desde por la mañana, tenía extraños reflejos amarillos que iluminaban la ciudad con una claridad opaca, semejante á esos fulgores cobrizos de los días de tempestad. El recibimiento de los habitantes fué frío: aquellos soldados, ensangrentados todavía, que desfilaban mudos á la tenue luz del triste crepúsculo, disgustaron á los limpios burgueses de Cours, quienes, retrocediendo, referíanse al oído en voz baja la historia de los fusilamientos, de las feroces represalias, que dejaron en el país imperecedera memoria. El terror del golpe de Estado comenzaba; terror rojo, aplastante, que tuvo tembloroso al mediodía durante muchos me-

ses. Plassans, en su espanto y en su odio á los insurrectos, había podido acoger á la tropa con gritos de entusiasmo la primera vez que pasó; pero al regreso, en aquella hora melancólica, ante aquel regimiento sombrío que hacía fuego á la voz de su jefe, los mismos propietarios, y hasta los notarios del barrio nuevo, se interrogaban con ansiedad, se preguntaban si no habían cometido algún pecadillo político que mereciese un balazo.

Las autoridades llegaron á Plassans el día antes en dos carruajes alquilados en Sainte-Rourse. Su entrada imprevista no tuvo nada de triunfal. Sin gran pesadumbre devolvió Rougon la poltrona al alcalde; la jugada estaba hecha, y esperaba de París con impaciencia la recompensa de su civismo. El domingo, aunque no la esperaba hasta el día siguiente, recibió una carta de Eugenio. Felicidad había tenido cuidado el jueves de mandar á su hijo los números de la *Gaceta* y *El Independiente*, que daban cuenta en su segunda edición de la batalla y la llegada del prefecto. Eugenio, á vuelta de correo, les anunció que el nombramiento de su padre para una administración económica sería firmado en breve, y añadía que se apresuraba á darle una buena nueva: acababa de obtener para él la cruz de la Legión de Honor. Felicidad lloró. ¡Su marido condecorado! Sus sueños de orgullo no habían llegado jamás hasta allí. Rougon, pálido de alegría, dijo que era necesario dar una gran comida aquella misma noche. Ya no hacía cuentas; hubiera echado al pueblo desde los dos balcones del salón amarillo sus últimos francos, por celebrar aquel hermoso día

—Oye—dijo á su mujer,—convidarás á Sicardot: hace mucho tiempo que me fastidia con su roseta en el ojal. Además, quiero que vengan Granoux y Roudier, para demostrarles que con todo su dinero no son capaces de obtener lo que yo con mis méritos. Vuillet es un hipocritón, pero deseo que el triunfo sea completo; convídale también, como á todos los demás contertulios... ¡Ah! Se me olvidaba: es preciso que vayas también á casa del marqués; le pondremos á tu derecha, y hará buen efecto en nuestra mesa. Ya sabes que Garçonnet ha convidado al prefecto y al coronel: lo ha hecho para hacerme entender que no valgo nada, y le he de dar en la cabeza: me río yo de su alcaldía, que no produce un céntimo... Me ha convidado, pero le diré que también espero gente á comer. Mañana veremos si tiene ganas de reir. Quiero que traigan toda la comida del hotel de Provenza; es preciso eclipsar el banquete del alcalde.

Felicidad puso manos á la obra sin perder instante. En medio de su alegría, Pedro abrigaba todavía vaga inquietud. El golpe de Estado iba á pagar sus deudas, su hijo Arístides lloraba sus faltas, y se desembarazaría al fin de Macquart; pero temía alguna tontería, de su hijo Pascual sobre todo, y estaba muy preocupado por la suerte reservada á Silverio; no porque le compadeciese en manera alguna, sino sencillamente porque temía que el negocio del gendarme fuese á los tribunales. ¡Ah! ¡Si una bala inteligente le hubiese librado de aquel pequeño malvado! Como su mujer le había hecho notar por la mañana, los

obstáculos se desvanecían: aquella familia que le deshonoraba había contribuído á su engrandecimiento; sus hijos, Eugenio y Aristides, cuyos estudios costeó tan á regañadientes, le pagaban con creces el capital que le hicieron derrochar; pero aquel miserable de Silverio obscurecía aquella hora de triunfo.

Mientras Felicidad se agitaba para el banquete de la noche, Pedro supo la llegada de la tropa, y salió á husmear. Sicardot, á quien había preguntado, no sabía de nada: Pascual debió quedarse cuidando á los heridos; cuanto á Silverio, el comandante, que le conocía apenas, no lo había visto. Rougon se trasladó al arrabal, prometiéndose de paso entregar á Macquart los ochocientos francos, que á duras penas había podido reunir. Pero cuando se metió entre el barullo del campamento y vió desde lejos á los prisioneros sentados en largas filas sobre las maderas del solar de Saint-Mittre, entre centinelas arma al brazo, temeroso de comprometerse, encaminóse á casa de su madre con intención de enviarla á buscar noticias.

Al penetrar en la casucha era casi de noche. Halló en la puerta á Macquart, bebiendo copitas y fumando.

—¡Ah! ¿Eres tú? ¡Menos mal!—murmuró Antonio, que volvía á tutear á su hermano.—Me hago muy viejo aquí. ¿Traes el dinero?

Pedro no contestó: acababa de ver á su hijo Pascual inclinado sobre el lecho de Adelaida. Le interrogó vivamente. El médico, sorprendido de verle tan inquieto, atribuyéndolo á ternura pater-

nal, le dijo tranquilamente que lo habían cogido los soldados, y le hubieran fusilado sin la intervención de un buen hombre á quien no conocía; salvado por su título de doctor, había vuelto con la tropa. Aquello fué un grande alivio para Rougon: otro que no le comprometía. Manifestaba su alegría estrechando las manos del médico, cuando éste le interrumpió, diciendo con tristeza:

—No se alegre usted. La pobre abuela está muy mala. Le traía esta carabina, que estima mucho, y mírela usted. ¡Ahí está! No se ha movido.

Los ojos de Pedro se habían ido acostumbrando á la obscuridad, y, fijándose mucho, logró ver á tía Dida sobre su lecho, rígida, como muerta. Aquel pobre organismo, víctima de la neurosis desde la cuna, había cedido á una crisis suprema. Los nervios parecía que habían absorbido la sangre: el sordo trabajo de aquella carne ardiente, devorándose á sí misma en una tardía castidad, había convertido á la infeliz mujer en un cadáver que algunas sacudidas eléctricas galvanizaban todavía. En aquella hora, un dolor atroz parecía haber detenido la lenta descomposición de su sér. Su palidez de monja, de mujer absorbida por la sombra y las privaciones del claustro, se matizaba de manchas rojas. Con el rostro convulso, los ojos completamente abiertos, las manos vueltas y retorcidas, se estiraba en sus faldas que dibujaban en líneas secas la flacura de sus miembros; y, cerrando los labios, daba al fondo de la obscura pieza el honor de una agonía muda.

Rougon hizo un gesto de disgusto. Aquel espec-

táculo le era muy desagradable: tenía gente á comer por la noche, y le hubiera desolado estar triste: su madre no sabía ya qué inventar para ponerle en un apuro; bien podía haber escogido otro día. Por eso, con acento que revelaba gran confianza en sus palabras, dijo:

—Eso no será nada; cien veces la he visto así. Es preciso dejarla reposar: es el único remedio.

Pascual meneó la cabeza y contestó:

—No; este ataque no se parece á los otros; muchas veces la he asistido, y jamás observé semejantes síntomas. Mire usted sus ojos: tienen una fluidez particular, pálidas claridades muy alarmantes. ¿Y la fisonomía? ¡Qué espantosa torsión de todos los músculos!—Después, inclinándose más, estudiando las facciones de más cerca, continuó en voz baja como hablando consigo mismo:—No he visto cosas semejantes sino en las gentes asesinadas, muertas en el espanto. Ha debido sufrir alguna emoción terrible.

—Pero ¿cómo ha venido la crisis?—interrogó Rougon impaciente, sin saber qué hacer para marcharse.

Pascual lo ignoraba. Macquart, sirviéndose una copa, contó que le vinieron ganas de beber un poco de coñac, y la mandó á comprar una botella; que estuvo muy poco tiempo fuera, y que al volver cayó en tierra, rígida, sin pronunciar palabra. Macquart había tenido que llevarla al lecho.—Lo que me asombra—dijo á manera de conclusión—es que no haya roto la botella.

El joven médico reflexionó un momento, y dijo: dijo:

—Al venir oí dos tiros; acaso esos miserables hayan fusilado algunos prisioneros. Si atravesó por entre las filas de los soldados en aquel momento, la vista de la sangre ha podido producirle esta crisis. Preciso es que haya sufrido horriblemente.

Por fortuna el médico traía encima el botiquín que llevaba cuando se incorporó con los insurrectos, y procuró verter en la boca de la enferma algunas gotas de un licor rosáceo. Entretanto, Macquart repitió la pregunta á su hermano:—¿Traes el dinero?

—Sí, lo traigo. Vamos á acabar—replicó Rougon, gozoso por la interrupción aquella.

Entonces Macquart, viendo que iba á pagarle, empezó á lamentarse. Había comprendido demasiado tarde las consecuencias de su traición; á no ser así, hubiese pedido tres veces más dinero; en verdad, mil francos no era casi nada. Sus hijos le habían abandonado; estaba solo en el mundo, y obligado á marcharse de Francia. Poco faltó para que no llorase hablando del destierro.

—¡Acabemos! ¿Quiere usted los ochocientos francos?—dijo Rougon, que estaba deseando marcharse.

—No; dame el doble. Tu mujer me engañó. Si me hubiese dicho francamente lo que deseaba de mí, no me hubiera comprometido tanto por una miseria.

Rougon amontonó los ochocientos francos en oro sobre la mesa, diciendo:

—Le juro á usted que es todo lo que tengo.